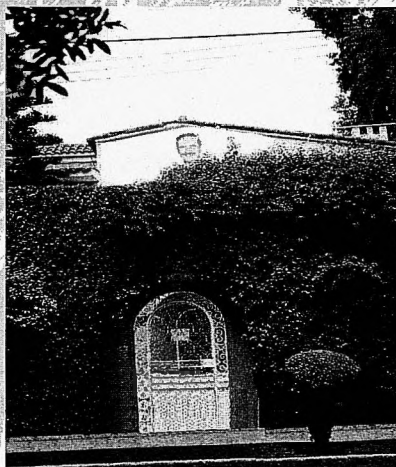


PE-PENAS DE UNA CASA DE CAMPAÑA



POR

Rosa María González de Sarabia

Prólogo de Lorenzo Meyer



PROLOGO

La distinción no es nueva, la hizo Max Weber el siglo pasado, pero vale la pena volver sobre ella: el vivir para la política es diferente del vivir de la política. La primera es una experiencia más genuina aunque menos común.

El grupo que se formó en torno a la candidatura presidencial del gobernador de Guanajuato, Vicente Fox, contó entre sus miembros a personajes que ya vivían de la política, pero había un número mayor de recién llegados a esa actividad y que, evidentemente, vivieron su esfuerzo opositor con la pasión del que, por lo menos en esa etapa, no ve a la política como un medio entre otros posibles para ganarse la vida, sino como algo excepcional, como una pasión. De acuerdo con esta obra, ese fue el caso de muchos de los integrantes del equipo de campaña foxista, en particular de quienes se incorporaron al mismo en calidad de voluntarios, empeñados en contribuir a movilizar a la sociedad mexicana para que usara su cita con las urnas para sacudirse de una vez por todas el enorme peso de un autoritarismo que en el año 2000 era ya el más antiguo de todos los existentes y que había batido el récord de longevidad en el siglo XX.

A juzgar por los testimonios que el lector encontrará en esta obra, una buena parte de quienes formaron parte de la "Casa de Campaña" de Vicente Fox en 1999-2000, vivieron durante varios meses el fenómeno político en su faceta más intensa y apasionada: la altruista. En efecto, pocas experiencias son tan estimulantes como las que se derivan de la solidaridad de un equipo formado al calor de una lucha política desde la oposición, acicateado por convicciones que aún no han sido contaminadas por el ejercicio del poder, en contra un sistema al que se considera falto de legitimidad y al que se ve como la encarnación de la perversión del poder y la corrupción, como fue el caso

de los foxistas en su disputa con el PRI por el voto de los electores mexicanos.

Una atmósfera similar a la que intenta captar en estas páginas Rosa María González -y que por su naturaleza misma, no puede durar mucho-- fue la que antes vivieron otros grupos opositores del régimen que finalmente llegó a su conclusión el 2 de julio del 2000, aunque en estilos y circunstancias diferentes. En todos los casos anteriores -el vasconcelismo, el almanismo, el henriquismo y el neocardenismo- por mencionar sólo los más notables, el esfuerzo opositor fue derrotado y a la euforia de la entrega sin reservas a "la causa" le siguieron la frustración y la amargura de muchos de los participantes. Muy distinto resultó el caso del foxismo, donde la culminación del esfuerzo fue la victoria. Para los miembros de la "Casa de campaña" el futuro les tenía reservado el ejercicio del poder. Para los que aún siguen en el equipo, la nueva etapa los ha introducido en la política profesional... y en la ambigüedad de vivir ya no sólo para la política -el desinterés-- sino también de la política. El nuevo entorno de los foxistas de tiempo completo es un ambiente de intereses creados, de agudización de las rivalidades internas, de confrontación con problemas de enormes dimensiones, algunos de los cuales ya no se pueden resolver sino quizá apenas administrar, y donde lo blanco y lo negro tiende a diluirse en un gran espacio gris.

El fin pacífico de un sistema autoritario es, en cualquier caso, un espectáculo poco frecuente, y cuya memoria bien vale la pena rescatar desde todos los ángulos y niveles por su valor intrínseco y, desde luego, por ser un testimonio histórico. Vea pues el lector en este pequeño libro, un ejemplo e indicador de la naturaleza, composición y estado de ánimo de un grupo de mexicanos cuya actividad desembocó en un cambio de régimen, que por pacífico, no tiene precedente en la historia de nuestro país.

Lorenzo Meyer